

que sus labios deshechos no podían proferirlas, mandó Caarupé a Maranguá, que le abriera el pecho, y le arrancara el corazón, pues con él evidentemente les hablaba. El mismo Maranguá confesó después cómo ejecutó este mandato. Abrióle el pecho, arrancóle el corazón, atravesólo con una saeta, y viéndole entonces callar, lo arrojó de nuevo a las llamas avivadas, para que se consumiera con los cuerpos". Y el corazón no se consumió. Lo hemos venerado aquí, en la Iglesia del Salvador, hasta 1960, en que fue llevado a Asunción, donde está ahora. Consta la pericia médica que se hizo en 1928, a los 300 años del martirio.

El corazón habló... y lo hizo en guaraní. La lengua imperial de Nebrija no se sintió ofendida por ello, más bien creo que -orgullosa- habrá saltado de gozo por haber posibilitado que la santa fe fuera proclamada en otra lenguas.

20. Al comenzar hablé de una gesta nacida del proyecto de un corazón. Nos hemos introducido en la maraña de aventuras y acontecimientos, un poco como lo harían estos santos, en una canoa, por los riachos del Guayrá y del Tapé. Han pasado 55 minutos... y han pasado los siglos. De aquella gesta, un positivista podría decirnos que quedan ruinas, y si además es liberal, que queda consignada una utopía... Para un marxista quizá quedaría la frustración de una clase social... Para nosotros, ha permanecido la dignidad de un pueblo, que profesa su fe, que bautiza a sus hijos, que confiesa sus pecados y se alimenta con el Cuerpo de Cristo. Un pueblo que aprendió a ser digno de su trabajo. Existió *el proyecto de un corazón...* ahora nos habla *el Corazón de un proyecto*, que todavía tiene vigencia y nos despierta a la memoria... y "tener memoria" es la garantía de que se puede ser fecundo y tener descendencia "como las estrellas del cielo y las arenas del mar".

¿Una canonización con significado político?

Dr. Jorge Mario Bergoglio, S.J.
Obispo Auxiliar de Buenos Aires

Hoy en Paraguay, Juan Pablo II tiene previsto canonizar a tres jesuitas, los "mártires rioplatenses": el asunceño Roque González de Santa Cruz (1576-1628) y los españoles Alonso Rodríguez (1598-1628) y Juan del Castillo. El hecho de que la canonización se realice fuera de Roma, en el mismo lugar del nacimiento de uno de ellos y en el sitio referencial de sus correrías apostólicas, en el Paraguay de hoy, podría hacer pensar a algunos si no existe cierta referencia política, cierto mensaje subliminal para el país mediterráneo, para la situación concreta en que vive, y para toda Latinoamérica.

La pregunta no es descabellada. Si bien una canonización es un hecho religioso, resultaría ingenuo pretender relegarlo a la sacristía o a la vivencia interior de los creyentes. La pregunta, pues, a plantearse sería: ¿cuál es la significación política?

El general de la Compañía de Jesús P. Kolvenbach marcó la direccionalidad política al calificarlo como un "signo de Dios, como una llamada y un reto, como un estímulo y un aliento. La vida, la actividad y el martirio de estos tres compañeros de Jesús tienen un mensaje de gran actualidad, aunque hayan vivido hace cuatro siglos". Y da la razón de esta afirmación en una sencilla pero profunda reflexión teológica: "Los santos son precursores. Guiados por la luz de una fe viva, saben comprender antes que nadie las intenciones de Dios". Estas intenciones de Dios afectan a una modalidad apostólica que el mismo general de los jesuitas resume así: "El P. Roque González y sus colaboradores están entre los pioneros de una de las obras religiosas y sociales de mayor alcance y clarividencia en la historia de la Compañía y de las misiones: las 'reducciones', es decir, aquel método de evangelización integral que valorizando las cualidades y los derechos de los indios, insertándose en su cultura originaria, les abría a nuevos horizontes comunitarios defendiéndolos de toda forma de explotación y les conducía por los caminos de la fe hacia una plenitud de vida cristiana, personal y comunitaria".

Es obvio que se quiere señalar, de manera precisa, esa dimensión apostólica tan propia de la revelación cristiana, que allora ya desde el comienzo

mismo del cristianismo: el diálogo entre la fe y cultura o, si se prefiere otra formulación, la evangelización de la cultura y la inculturación de la fe. Fe y cultura no son realidades radicalmente extrañas entre sí.

"Cada hombre, cada pueblo -dice Juan Pablo II-, está llamado a responder al amor del Señor con sus propias cualidades, sus propios talentos, sus propias posibilidades. De esta manera nuestra cultura personal y la de nuestro pueblo expresa la universal vocación cristiana encarnada de un modo particular". Las culturas son el lugar donde la creación se hace autoconsciente en su grado más alto. Por ello llamamos cultura a lo mejor de los pueblos, a lo más bello de su arte, a lo más habilidoso de su técnica, a lo que permite a sus organizaciones políticas alcanzar el bien común, a su filosofía dar razón de su ser, y a sus religiones ligarse con lo trascendente por medio del culto.

Un pensador argentino, refiriéndose a esa problemática, se expresaba así hace poco menos de tres años: "Hoy día, en América Latina, hay necesidad de santos, creadores de cultura en el seno de su pueblo, y por ello, evangelizadores de la cultura". Los tres hombres que son canonizados en el Paraguay son santos, son creadores y evangelizadores de cultura, supieron -a la vez- inculturar la fe en aquellos pueblos en los que se insertaron.

En esta tarea aparecen -en este caso- tres rasgos que les son comunes a los tres y configuran el estilo de santidad de ellos dentro del marco de la evangelización de la cultura e inculturación del Evangelio. Aparecen bien resumidos en pasajes distintos de escritos y cartas del P. Roque González. Le escribe a su provincial: "...pues, con haber hecho todo lo que pude y haber arriesgado mi vida por dos veces, por no desamparar aquellas pobres almas, todo cuanto yo trazaba se deshacía, y se armó todo el infierno contra mí..." El coraje apostólico de este hombre y de quienes abrieron brecha en el monte y en las almas no temió al conflicto. Coraje que encara el conflicto, no para enredarse en él, sino para superarlo sin eludirlo. En América Latina este coraje tiene un enemigo muy grande: el miedo. Miedo que, ante los extremismos de un signo u otro, puede llevarnos al peor de los extremismos: el extremismo de centro, depotenciador de todo mensaje. El coraje apostólico es creativo y por ello no queda enredado en ningún conflicto.

En otra carta el P. Roque decía a su provincial: "Puesto que vivo muriendo aquí y temo perder el juicio, según tengo la cabeza cansada y quebrada con la continua guerra que siempre tengo con tantos escrúpulos y tanta soledad y melancolías; con todo, digo estar resuelto a estar aquí aunque muera mil muertes y pierda mil juicios, que no serán para mí pérdidas sino ganancias. . ." Este sería un segundo rasgo del estilo de santidad de estos hombres: constancia y paciencia. Es como el reverso del coraje. El aguante apostólico de todos los días que acerca a la contemplación del sufrimiento y de la fiesta, del gozo y del dolor. Paciencia, constancia, aguante, que abre el corazón a la participación con

los pueblos, con sus valores, y así se da un sentido creativo a la pastoral de la cultura.

El coraje y la paciencia siempre se dan en la cruz. Este es el tercer rasgo. "Y lo que fue de mucha devoción es que los indios levantaron una cruz delante de la Iglesia, y habiéndole dicho la razón porque los cristianos la adoramos, nosotros y ellos la adoramos todos de rodillas..." El signo de la cruz, de la cruz donde el Verbo llevó a cabo su obra de redención insertándose totalmente en nuestra naturaleza de hombres, en nuestra cultura.

Estos tres rasgos de santidad de estos hombres encuadran su afán evangelizador. Ellos "supieron comprender antes que nadie las intenciones de Dios". Si nos replanteamos la pregunta inicial sobre el significado político de esta canonización no podemos dudar en señalar esta dimensión del amor maternal de la Iglesia: evangelizar las culturas e inculturar la fe en los pueblos, dimensión que, en estos tres hombres, tuvo tres rasgos: coraje apostólico, constancia y sentido de la cruz. Y todo esto tiene también significación actual para el pueblo de Dios, es decir, significación política.

